

Afganistán, análisis multinivel de un conflicto

Afghanistan, a multilevel analysis of conflict

César Mejías

Resumen

El presente artículo tiene por objeto aproximarnos a la crisis afgana bajo una perspectiva multinivel en el período comprendido entre 1979 y 2002, indicando para ello, I. Un esbozo histórico de Afganistán, a los efectos de ubicar al lector sobre los principales procesos históricos que se operan en la región; II. El fin de la bipolaridad y la transición del unipolarismo al multipolarismo en Afganistán, y los nuevos actores que entran en el juego; III. El impacto del 11 de septiembre en la crisis afgana; IV. Los actores y dimensiones de la situación afgana utilizando para ello, por razones heurísticas, los niveles de análisis de Barry Buzan y, por último, V. Conclusiones.

Palabras clave

Afganistán; Unipolarismo; Multipolarismo; 11-S; Multidimensionalidad.

Abstract

This article is aimed at providing a closer look into the afghan crisis from a multilevel standpoint, encompassing the period from 1979 to 2002. In so doing, the following will be detailed: I. A timeline of Afghanistan to locate the reader as to the main historical processes taking place in the region; II. The end of bipolarity and the transition from unipolarism to multipolarism in Afghanistan, the new actors; III. The impact of September 11 on the afghan crisis; IV. The actors and dimensions of the afghan situation, using by virtue of heuristics the analysis levels of Barry Buzan, and, V. Conclusions.

Key words

Afghanistan; Unipolarism; Multipolarism; 11-S; Multidimensionality.

Recibido: 29-03-04

Aprobado: 15-03-05

INTRODUCCIÓN

Los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001 generaron unas profundas implicaciones en la política mundial y en las definiciones en materia de seguridad internacional. Lo que en décadas anteriores fue considerado como la amenaza comunista para Occidente, en la Posguerra Fría ha sido reemplazado por múltiples enemigos que se expresan en fenómenos como narcotráfico, migraciones, armas nucleares, terrorismo, etc. Estados Unidos como líder mundial, ha intentado redefinir sus nociones de seguridad nacional y lo que considera como amenazas potenciales para su estabilidad y sus intereses, estableciendo una estrategia que disminuya los riesgos de potenciales ataques en sus territorios y los de sus aliados estratégicos (Mejías, 2003). Una de esas regiones consideradas a partir de tales acontecimientos como amenazas para EE UU ha sido Afganistán.

La superposición de rivalidades interétnicas e interreligiosas y el consecuente drama humanitario de los refugiados y desplazados, la rivalidad entre estados que pretenden hacer de Afganistán un área de influencia, los intereses de grupos religiosos islámicos que pretenden trasladar la Yihad a escala global, utilizando a Afganistán como base de operaciones, en concomitancia con los intereses de empresas transnacionales interesadas en el gran reparto de petróleo en Asia central, hacen del conflicto afgano uno de los más difíciles y complejos de comprender.

Estimamos relevante el conflicto afgano, de un lado, por la relevancia que éste tiene para la seguridad mundial en la actualidad, y del otro, porque a partir de un estudio de caso específico en un período de tiempo determinado, pudiéramos evidenciar cómo los cambios operados en el sistema internacional y la transformación de las estructuras internacionales inciden en las dinámicas regionales, y cómo estos problemas focalizados, a su vez, generan su propio impacto en la estructura internacional.

Para ello nos hemos propuesto como objetivo principal evaluar la crisis afgana en sus múltiples dimensiones, y como objetivos específicos nos hemos planteado: 1. Estudiar el impacto de la reestructuración del sistema internacional a partir del fin de la confrontación bipolar en la crisis afgana, 2. Estudiar el papel desempeñado por otros actores estatales, transnacionales e infranacionales en la crisis afgana, 3. Examinar la relevancia del factor religioso en la confrontación afgana, 4. Evaluar cómo la crisis afgana incide en las transformaciones de la estructura internacional.

A los efectos de hacer un análisis integral de la actual crisis afgana, hemos estimado por razones analíticas y metodológicas desagregar este artículo en varios

subpuntos, a saber: I. Un esbozo histórico de Afganistán, a los efectos de ubicar al lector sobre los principales procesos históricos que operan en la región; II. El fin de la Unión Soviética y la transición del unipolarismo al multipolarismo en Afganistán; III. El arribo de los Talibán, IV. El impacto del 11 de septiembre en la crisis afgana; V. Los actores y dimensiones del conflicto afgano y, por último, unas conclusiones.

AFGANISTÁN: UN BREVE ESBOZO HISTÓRICO

Afganistán es un mosaico de culturas, lenguas, religiones y nacionalidades. Ubicado en la región de Asia central, limita al norte por Turkmenistán, Tayikistán y Uzbekistán, al este por China, al sur por Paquistán, y al oeste por Irán, Afganistán constituye un pequeño Estado en la región, poco relevante desde el punto de vista económico, sin embargo, es importante desde el punto de vista estratégico y su posición geográfica lo ha colocado en uno de los puntos neurálgicos de poder a nivel mundial.

Su pasado más reciente nos da cuenta de este valor estratégico. Afganistán surge como Estado a mediados del siglo XVIII (1747) cuando la tribu de los afganos de origen persa prevalece sobre el resto de las tribus y forman una monarquía de corte islámico, con una organización social de tipo feudal (Pernía, 2000).

Por ser un punto de cruce entre la India y Medio Oriente, Afganistán constituyó desde finales del siglo XIX un objetivo estratégico del Imperio británico, que pretendió obtener el control del país para proteger su colonia india de las amenazas de los zares rusos, en lo que algunos autores denominaron el *Gran Juego* en Asia central (Rashid, 2001). Tres guerras angloafganas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX (1839-1842, 1878-1880, 1919) evidenciaron la relevancia estratégica del pequeño país.

Autores como Rashid reconocen esta relevancia, señalando que:

A fines del siglo XIX, los británicos que estaban en la India y la Rusia Zarista libraron una Guerra no declarada por la competencia y la influencia: cada potencia quería contener a la otra en Asia Central y Afganistán. En 1898, Lord Curzon, antes de su nombramiento como virrey de la India, escribió: “Turkeistán, Afganistán, el Transcaspio, Persia... para muchos estos nombres sólo evocan una gran lejanía o un recuerdo de extrañas vicisitudes y moribunda aventura romántica. Confieso que para mí son piezas de un tablero de ajedrez sobre el que se juega una partida por el dominio del mundo” (Rashid, 2001:230-231).

Pese a que los británicos no pudieron con los afganos, Afganistán experimentó una profunda fragilidad política que se expresó en una serie de crisis y golpes de Estado que caracterizarán al pequeño país a lo largo del siglo XX. En 1964 el rey Mohammad Zahir Shad, implementó una reforma general del Estado en la cual se estableció una monarquía constitucional con un Parlamento, se separó al clero islámico del Estado y comenzó un proceso de modernización, que se vio obstaculizado por algunos grupos poderosos que siguieron disfrutando de los mismos privilegios (Pernía, 2000).

En el año 1973, se perpetró un golpe de Estado que resultó en el derrocamiento del rey Mohammad Zahir Shad, y en la instauración de un régimen político de corte republicano presidido por Mohammad Daud. A la vuelta de un año, en 1978, el incipiente gobierno de Daud es derrocado por Mohammad Taraki, quien durante su corto período de mandato abolió una serie de normativas legales y religiosas que generaron un gran impacto en la población afgana, entre las que se encuentran: la ley islámica (Sharia), la prohibición del culto público, la declaración del Estado como aconfesional, así como también la firma de un Tratado de Paz y Colaboración Mutua con la URSS, que generó serias reservas por parte de los clérigos religiosos (Ulemas), quienes lo acusaron de ser agente de la Unión Soviética, y miembro del Partido Democrático Popular Afgano (PDPA). Para Estados Unidos, en plena confrontación bipolar, este gobierno representaba una gran amenaza al equilibrio de poder en la región y garantizaba un mayor control a los soviéticos. Taraki fue asesinado y sucedido por Hafizullah Amin en 1979.

Dada esta situación de anarquía por las amenazas de los líderes religiosos afganos y ante la posibilidad del desbordamiento del fundamentalismo islámico en la región que contagiara a la periferia soviética, a finales de 1979 Moscú decidió enviar tropas a Kabul, colocando un gobierno comunista con Babrak Karmal al mando. A partir de este entonces, Afganistán estaría ocupado por soviéticos y pasaría a ser parte de su área de influencia.

Este acontecimiento marcó el comienzo de una crisis en la que se entrelazan elementos internos (luchas entre facciones étnicas y religiosas), la resistencia frente al ocupante, enfrentamientos regionales en Asia central que ven en la crisis afgana un aliviadero, así como las aspiraciones de grupos religiosos transnacionales que desean trasladar la Yihad a escala global (Mejías, 2003).

Para Moscú esa ocupación significó un punto de avanzada en la región de Asia central y un mayor posicionamiento estratégico. Para Estados Unidos dicha ocupación constituyó una grave amenaza a la “paz mundial”, por lo que se vio

compelido a actuar indirectamente apoyando a la resistencia afgana, suministrándoles armamentos y emplazando a algunos actores en la región como Paquistán a apoyar a los muyahidin afganos en la Yihad que libraban contra los comunistas. Para Paquistán, el apoyo a la resistencia afgana fortaleció la hipótesis de la posibilidad de Paquistán de convertirse en un Estado central en el mundo islámico, así como incrementó el apoyo regional a las reivindicaciones territoriales por Cachemira frente a los indios. Para Irán, que inauguraba un régimen islámico shiíta desde 1979, ésta era una gran amenaza al islam que tenían que resistir, así como también era la gran oportunidad de exportar la revolución islámica al conjunto regional. El envío de Pasdaranes shíes a la región fue la estrategia para la consecución de tal fin. Para Arabia Saudita (Sunnita y Wahhabista), por su parte, que pretendía retomar el papel central dentro del mundo islámico, ésta era la oportunidad para expandir su liderazgo, apoyando a las brigadas internacionales de muyahidín que entraron a Afganistán por Paquistán, contando con el apoyo financiero de Ryad,¹ que desde 1968 con la creación de la OCI (Organización de la Conferencia Islámica) pretendía liderar al mundo islámico, así como contener las pretensiones de Teherán de exportación de un modelo islámico revolucionario al conjunto regional.² De esta forma el modelo confrontacional ideológico expresado a nivel internacional en la confrontación Estados Unidos-Unión Soviética, la encontramos a nivel religioso para la región en la confrontación entre los regímenes de Ryad (Sunnismo) y Teherán (Shiísmo), y Afganistán reflejará tal situación (Mejías, 2003).

Esta década, fue un período caracterizado por una intensa “guerra caliente” librada en Asia central, se incrementaba el número de víctimas producto de la guerra, así como los cientos de refugiados se emigraban hacia Irán y Paquistán, en condiciones deplorables y en algunos casos infrahumanas. En paralelo a esta situación la economía era devastada debido a la sustitución de cultivos y ganado por la

¹ Tal como señala Huntington, “El apoyo financiero musulmán para la guerra procedía principalmente de Arabia Saudí. Entre 1984 y 1986 los saudíes entregaron 525 millones de dólares a la resistencia; en 1989 acordaron proporcionar el 61 por ciento de un total de 715 millones de dólares o sea, 436 millones de dólares; el resto lo puso Estados Unidos. En 1993 proporcionaron 193 millones de dólares al gobierno afgano. La cantidad total que aportaron mientras duró la guerra igualó, por lo menos, los entre 3.000 y 3.300 millones de dólares gastados por Estados Unidos” (Huntington, 1997:296).

² Tal como señala Kepel, refiriéndose al apoyo de saudíes e iraníes a facciones islámicas señala: “A partir de 1979 se trazaron dos estrategias opuestas de dominio del mundo islámico dinamizado por la revolución iraní. La primera, procedente de Teherán, intentaba sustituir la supremacía saudí por el magisterio de Jomeini. Se esforzó en hacer desaparecer su especificidad chiíta para ser mejor aceptada en el mundo musulmán en el que los sunitas representaban el 80 por ciento, y en hacer mella prioritariamente en los jóvenes intelectuales islamistas pertenecientes a las franjas más radicales. La otra, a partir del centro saudí, movilizó al conjunto del sistema de propagación del islam construido alrededor de la Liga Islámica Mundial y de la Organización de la Conferencia Islámica a lo largo de la última década para contener el empuje jomeinista” (Kepel, 2001:175).

proliferación de campos minados y la siembra de opio. Ésta realidad se constituiría en la nueva cara de Afganistán para finales de la década de los ochenta.

De esta forma encontramos una crisis que comienza a expresarse en ciertos niveles: una guerra civil entre distintas facciones étnicas (Pachtsun, Baluches, Hazaras, Nuristanis, Tayikos, Tayikos del Pamir, Kirguizos, Turkmenos, Uzbekos) y religiosas (Shiíes, Sunnies y Salafíes), una guerra regional que tiene a Afganistán como aliviadero de disputas territoriales e ideológico-religiosas allende sus fronteras, y una confrontación entre superpotencias que tiene al territorio afgano como objeto de botín de guerra.

En 1986 Najibullah sustituyó al presidente Karmal, se retiraron las tropas soviéticas de Kabul, y el nuevo gobierno se mostró a favor de iniciar conversaciones de paz, así como al establecimiento de un gobierno donde participaran musulmanes y comunistas. De esta forma se llegó a un acuerdo entre la URSS, EE UU, Afganistán y Paquistán que estipuló: 1. La retirada soviética de territorio afgano, 2. La no participación de otro país en los problemas internos de Afganistán y 3. El regreso de los más de tres millones de refugiados que se encontraban en Irán y Paquistán. El retiro comenzó el 15 de mayo de 1988 (Pernía, 2000).

FIN DE LA GUERRA FRÍA: TRANSICIÓN DEL UNIPOLARISMO AL MULTIPOLARISMO EN AFGANISTÁN

Mientras en Europa derrumbaban el Muro de Berlín en 1989 y en 1991 se desintegraba la Unión Soviética, en Afganistán y en todo el conjunto de Asia central existía una gran incertidumbre. De la noche a la mañana millones de personas dejaban de estar bajo la dirección de Moscú y debían asumir las riendas de sus destinos. El mar Caspio dejaba de ser una suerte de lago para los rusos y sus recursos energéticos pasarían a ser administrados entre los estados ribereños.³ De la misma manera, nuevos estados se configurarían en el mapa político de Asia central (Kasajstán, Tayikistán, Kirguistán, Turkestán, Uzbekistán) y en el Cáucaso (Georgia, Armenia, Azerbayan), y también quedaba una suerte de vacío de poder hegemónico en la región dejado por Moscú, o lo que algunos analistas denominaron el *Gran Agujero Negro* (Brzezinski, 1998).

Refiriéndose al impacto regional del colapso soviético, Brzezinski nos señala que:

³ Para una mayor revisión en torno a la importancia del mar Caspio tras el derrumbe de la URSS, véase Cheterian (2001) y Porras (2000).

El colapso de la Unión Soviética produjo una confusión geopolítica de dimensiones monumentales. En el transcurso de apenas quince días, el pueblo ruso descubrió que de pronto había dejado de ser el amo de un imperio transcontinental y que las fronteras de Rusia habían retrocedido en el Cáucaso hasta su posición de principios del siglo XIX, en Asia Central a la de mediados del siglo XIX, en el oeste poco después de 1600. La pérdida del Cáucaso reavivó viejos temores sobre el reavivamiento de la influencia turca; la pérdida de Asia Central produjo un sentimiento de carencia con respecto a los enormes recursos energéticos y minerales de la región, así como cierta ansiedad por la potencial amenaza islámica (Brzezinski, 1998:96).

La ausencia de un Estado líder o hegemónico demostró, para efectos regionales, la transición de un sistema unipolar soviético, a un sistema multipolar, en el cual varios actores estatales y transnacionales vieron en Asia central la oportunidad de expandir sus áreas de influencia, y hacerse de los recursos energéticos (petróleo y gas) atrapados en sus territorios, respectivamente.

De esta forma se tiene varios actores en competencia por tener un posicionamiento en la región de Asia central. Es el comienzo del *Nuevo Gran Juego* (Rashid, 2001).

Para Rusia, que tomaba el lugar de la extinta URSS, significaba la pérdida de una gran porción de territorio y de grandes recursos energéticos, ante lo cual debía articular una estrategia tendente a mantener cierta influencia sobre la región, evitar que nuevos actores le disputaran el control de la región, y evitar que el polvorín étnico y religioso que sacudía al conjunto de Asia central terminara por amenazar la propia estabilidad rusa.

Para EE UU la desaparición de la Unión Soviética significó la posibilidad de hacerse de los recursos energéticos en la región, así como establecer alianzas estratégicas con los líderes de los nuevos estados.⁴ Para Turquía, por su parte, significó la posibilidad de expandir el área de influencia en la región, reivindicando los nexos históricos y culturales de los turcomanos, que le convirtieran en una potencia regional.⁵ Para Irán, la desaparición del coloso soviético significó la posibilidad de extender sus áreas de intereses hacia el Norte por los recursos petroleros y gasíferos contenidos en el mar Caspio, así como por la posibilidad de influir en los

⁴ Para autores como Brzezinski, éste es un momento único para que Estados Unidos se posicione como única potencia en "Eurasia", utilizando para ello una delicada estrategia de alianzas e identificando a "actores pivotes" en la región y "actores geoestratégicos". Ver capítulo 2, denominado: El tablero euroasiático (Brzezinski, 1998:39-63).

⁵ Para una apreciación sobre las nuevas perspectivas de política exterior turca, puede verse Tunander (1996).

movimientos islámicos de las nuevas repúblicas centroasiáticas.⁶ Para Paquistán, por su parte, la desaparición de la URSS, significó la posibilidad de incrementar las potencialidades de liderar algunas organizaciones islámicas (especialmente las sunníes) en la región, y rescatar su carácter estratégico como punto de tránsito de recursos. Para Arabia Saudí, la desaparición de la URSS significó indirectamente una victoria saudí por su apoyo a la resistencia afgana, así como también significó la posibilidad de exportar el modelo sunnita wahhabi como modelo islámico en Asia central.

Para los nuevos estados en la región como Tayikistán, Kirguistán, Uzbekistán, etc., significó la posibilidad de asumir sus propias riendas, encarar las dificultades económico-sociales,⁷ así como también afrontar nuevos retos, como lo es la proliferación de organizaciones islámicas como fuerzas sociopolíticas en la región y el reavivamiento en algunas zonas de tensiones étnicas. Para las transnacionales petroleras, por su parte, la desaparición de la Unión Soviética significó la posibilidad de negociar directamente con los nuevos estados la explotación de recursos energéticos y su comercialización, así como acabar con el monopolio de las compañías rusas en Asia central. Para las organizaciones religiosas, fundamentalmente de tendencia islámica (Shií y Sunni), con el retraimiento del poder ruso se constituyó un espacio idóneo para el florecimiento de la tradición islámica eclipsada por décadas de comunismo, así como un espacio para la expansión del radio de acción de los movimientos islamistas a nivel mundial (Mejías, 2003).

En Afganistán el retiro de tropas de ocupación soviética dejaba una economía devastada, cientos de miles de refugiados en Paquistán e Irán, a la vez que las organizaciones islamistas se atribuían el retiro del ocupante comunista de sus territorios. Sin embargo, quedaban serias dudas en torno a quién ocuparía el poder en Afganistán. Inmediatamente comenzarían a acrecentarse las diferencias entre facciones religiosas y étnicas, lo que contribuyó a la prolongación de la Guerra Civil en Afganistán.

Los principales grupos en pugna eran: el grupo sunnita Jamiat-e-Islami comandado por Rabanni, el grupo shiíta Hezb-e-islami comandado por Gulbuddin Hikmeytar, el también shiíta Hezb-e-Wahdat dirigido por el pro iraní Abdul Alí

⁶ Para una revisión sobre las más recientes perspectivas de política exterior iraní, véase Jarrazi (1998).

⁷ Tal como señala Soto (2002), con la fragmentación de la URSS cada perpleja república centroasiática se vio abocada a afrontar emergencias, como la desaparición del Consejo de Asistencia Económica Mutua (CAME o Comecon), de la zona rublo y de la economía centralizada, la caída abismal del nivel productivo de la economía, y la inflación, que se disparó a niveles extraordinarios.

Mazarí, además en el norte, en la ciudad de Mazar e Sharif se estableció el último bastión comunista dominado por el general Dostum del antiguo ejército afgano (Pernía, 2000).

De esta forma, encontramos que el fin de la Unión Soviética y la reestructuración de la correlación de fuerzas en el sistema internacional, significó para la propia región la emergencia de noveles estados que debían asumir las riendas de sus destinos. Para algunos actores con aspiraciones de potencias regionales, significó la posibilidad de extender sus áreas de influencia, ya sea para sus intereses geoeconómicos o ideológico-religiosos. Para Afganistán, si bien la invasión de soviética había unido a las múltiples facciones étnicas y religiosas en torno a un enemigo común, los comunistas, el retiro de las tropas de Moscú dejó una gran incertidumbre sobre el control del país y las diferencias aflorarían nuevamente, acentuándose una guerra intestina por el control del país, que amenazaba, incluso, con hacerlo desaparecer o estallar en varios microestados.

EL ARRIBO DE LOS TALIBÁN AL PODER EN AFGANISTÁN

En 1993 la paz parecía llegar a Kabul. El arribo de Rabanni al poder en Afganistán y Hikmeytar como Primer Ministro parecían dar paso al cese de hostilidades. Sin embargo, esto fue un mero espejismo. En 1994 un nuevo grupo hizo su entrada en Afganistán, proveniente de su vecino del este del Paquistán; se trataba de los Talibán.

Los Talibán, de tendencia islámica sunní, que habitaban en los campos de refugiados de Paquistán y que habían sido formados en las madrasas (escuelas de formación) en estudios islámicos, habían estado en Afganistán en la década anterior combatiendo contra los soviéticos. Contando con el apoyo económico saudí-norteamericano y la base logística de Islamabad, los Talibán contaban con la experiencia que les había dado el combate contra los comunistas, así como con armamento que les habían suministrado anteriormente.⁸

⁸ Tal como señala Huntington, "La guerra dejó tras de sí una coalición inestable de organizaciones islamistas resueltas a promover el islam contra todas las fuerzas no musulmanas. También dejó un legado de combatientes expertos y experimentados, campamentos, campos de entrenamiento e instalaciones logísticas, complejas redes de relaciones personales y organizativas extendidas por todo el mundo islámico, una importante cantidad de material militar, por ejemplo, de 300 a 500 misiles stinger cuya suerte se ignora, y, lo que era más importante, una sensación embriagadora de poder y confianza en sí mismos por lo que se había conseguido y un deseo impetuoso por avanzar hacia otras victorias" (Huntington, 1997:296).

En 1994 irrumpieron en Kandahar al sudeste del país, avanzando hacia Kabul al norte, que cae en su posesión en 1996 –asesinando al ex presidente Najibullad–, luego cae Mazar-e-Sharif en 1997 y, por último, Bamiyan entre 1998 y 1999.

Mientras los Talibán avanzaron intentando imponer la Sharia (ley islámica), así como un conjunto de decretos que los Mullaj emitían,⁹ se incrementaba con este avance una guerra civil entre facciones y grupos étnicos opuestos. Algunos estados intervinieron apoyando a uno y otro bando, complejizando la ya delicada situación del pequeño Estado, amenazando, incluso, con su desaparición, y regionalizando el conflicto.

También comenzaba un delicado juego donde estados y algunas empresas transnacionales compiten en la región por el trazado de rutas de extracción de gas y petróleo de la región de Asia central –fundamentalmente del mar Caspio, Turkmenistán y Uzbekistán– y su comercialización.

De esta forma, encontramos a nivel interno la contraposición entre facciones étnicas Pashtun (sunnies) y Hazaras (shiíes), fundamentalmente; a nivel regional, los estados circunvecinos apoyan a una u otra facción en pugna. Así tenemos que Paquistán apoya a los Talibán (sunnies);¹⁰ Irán apoya a las facciones shiíes hazaras ubicadas al norte, apoyando a Hikmeytar, así como también al sunní Rabanni; Turkmenistán, Tayikistan, Uzbekistán y Rusia apoyan al frente antitalibán del norte encabezado por Dostum, intentando evitar que el conflicto desbordara las fronteras del pequeño Estado,¹¹ así como también apoyan al sunní Rabanni que también era contrario a los talibán; mientras que Estados Unidos¹² y Arabia Saudí apoyan a los Talibán como estrategia de contención al régimen de Teherán al oeste. También las empresas transnacionales ofrecen apoyo a uno u otro sector en función de la posible construcción de gasoductos y oleoductos a través de los territorios controlados por las distintas facciones.¹³

⁹ Para ver una muestra de los decretos emitidos por los Mullaj referida al trato a las mujeres y otros aspectos culturales, véase Rashid (2001), apéndice 1, pp. 341-345.

¹⁰ Rashid (2001:62).

¹¹ Rashid (2001:102-103).

¹² Pese a que Estados Unidos no declaró abiertamente su apoyo a los Talibán, su no pronunciamiento desde su incursión en territorio afgano desde 1994, así como su no pronunciamiento con relación al apoyo abierto de sus aliados Arabia Saudí y Paquistán, dejaban serias interrogantes sobre la postura de Washington.

¹³ Pese a que los territorios de Afganistán no son ricos en recursos energéticos, su posición estratégica fue objeto de atención por parte de las grandes transnacionales petroleras, entre las que destacan la compañía argentina Bridas y la compañía estadounidense Unocal. Ambas compañías tenían rivalidades por lograr la concesión de un gasoducto y un oleoducto que conectase al mar Caspio con los recursos de Turkmenistán y sacarlos a través de sendos oleoductos que atravesaran a Afganistán y Paquistán, respectivamente, ya que

De esta forma, encontramos que Afganistán, en el contexto de la Posguerra Fría, entró en una nueva espiral de conflicto multinivel, que combina confrontaciones étnico-religiosas a nivel interno; superposición de rivalidades regionales que tienen al territorio afgano como aliado; el interés de actores líderes mundiales que ven en el retiro soviético la posibilidad de expandir áreas de influencia, así como los intereses de las petroleras transnacionales que intentaron negociar concesiones, bien sea para la extracción, bien sea para el traslado de crudos en la región de Asia central.

Tanto para Estados Unidos como para el resto de la comunidad internacional –a excepción de los países vecinos de Afganistán–, este conflicto parecía un problema confinado a un área poco relevante del planeta, razón por la cual no había que pronunciarse. Las denuncias de las Naciones Unidas sobre las condiciones de los afganos y las atrocidades del régimen parecían tener poco eco en la agenda internacional hasta el año 1998.

Los ataques a las embajadas norteamericanas de Kenya y Tanzania en agosto de 1998, atribuidas al saudí Osama Bin Laden, pusieron a Washington en alerta sobre su seguridad y la de sus ciudadanos. Todo apuntaba a que Bin Laden se encontraba en Afganistán, protegido por los Talibán. El 20 de agosto de 1998 Estados Unidos lanzó un ataque contra los presuntos campamentos de entrenamiento de Bin Laden. Los Talibán anunciaron que protegerían al ciudadano saudí y se vengarían de Estados Unidos, así como también le negarían la concesión del gasoducto a la compañía estadounidense Unocal. A partir de ese entonces, Estados Unidos rompió el silencio con relación al régimen talibán y lo declara como un régimen opresor, presionando también para que Arabia Saudí rompa sus relaciones con ellos (Rashid, 2001:222).

El bombardeo norteamericano de los campamentos de Bin Laden en Agosto de 1998 obligó a Unocal a retirar su personal de Paquistán y Kandahar y, por último, en diciembre de ese año, a retirarse del consorcio Centgas, por cuyo establecimiento tanto se había esforzado. El desplome de los precios del petróleo en todo el mundo, que afectó a la industria petrolera mundial, también golpeó duramente

Estados Unidos no mantiene relaciones con Irán desde 1979, por lo que un oleoducto a través de su territorio es inviable. El control completo de territorio afgano por los Talibán, permitía la concesión del oleoducto. Estados Unidos, y la administración Clinton más específicamente, de esta forma apoya a la compañía Unocal en la obtención de dicha concesión. Esta lucha entre transnacionales petroleras y el apoyo de algunos estados es lo que Rashid (2001) y Cheterian (2001) denominan *El nuevo gran juego*. Para mayor detalle respecto a la batalla por las concesiones petroleras y el apoyo a los Talibán, véase Rashid (2001), tercera parte, cap. 2. “La idealización de los Talibán. La batalla por los oleoductos” (1994-1996).

a Unocal. La empresa se retiró de un proyecto de oleoducto en Turquía, cerró sus oficinas en Paquistán, Turkmenistán, Uzbekistán y Kasajstán, y anunció una caída del 40 por 100 en su plan de gastos para 1999, debido a los bajos precios del petróleo (Rashid, 2001:276).

Para Estados Unidos, los acontecimientos de Kenya y Tanzania desplazaron el interés en Afganistán de ser punto de cruce de oleoductos a ser centro de entrenamiento de terroristas y la prioridad a partir de ese entonces para Washington será la captura de Bin Laden.

Ahora la mayor preocupación de Estados Unidos era la captura de Bin Laden, y de momento parecía haber terminado una fase del Gran Juego. Era evidente que ninguna compañía petrolera norteamericana podría construir un conducto para gas o petróleo a través de Afganistán con cuestiones pendientes como el trato de los Talibán a las mujeres, Bin Laden y la lucha incesante (Rashid, 2001:276).

De esta forma, finalizaba la suerte de luna de miel entre los Talibán y Washington, los ojos del mundo miraban ahora a Afganistán, por ser la base de operaciones de organizaciones islamistas.

EL IMPACTO DEL 11-S EN LA CRISIS AFGANA

El 11 de septiembre de 2001 marcó un punto de inflexión histórico para el futuro de Afganistán. Los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York y al Péntágono en Estados Unidos parecieron poner fin al mito de la seguridad norteamericana.¹⁴ Inmediatamente, Bin Laden y la organización Al Qaeda (La base) se atribuyeron dichos atentados. Estados Unidos de esta forma comenzó una búsqueda del saudí Osama Bin Laden a nivel mundial. El 7 de octubre del mismo año se dio inicio a los ataques a Afganistán destinados a capturar a los terroristas y poner fin al régimen de los Talibán.

A partir de este entonces, Afganistán se vio inmerso en un conflicto de magnitudes mayores, donde una coalición multinacional, encabezada fundamentalmente

¹⁴ Cabe destacar que dichos atentados marcarían también un nuevo patrón de conflictos, diferentes de los clásicos conflictos interestatales. Esta vez consistía en un enemigo invisible desterritorializado que presentaba también una versión transnacionalizada del islam en su versión armada, tal como afirma Lair: "El islamismo armado actual se singulariza por la heterogeneidad de sus estructuras, medios y objetivos. Se sitúa entre lo local, lo (inter) nacional y lo transnacional. En este último caso, presenta una fuerte dimensión desterritorializada y una gran tendencia a diseminarse fuera de sus áreas de implantación tradicional arriba mencionadas, para ofrecer un panorama de violencia particularmente difuso. Se vuelve un "nomadismo de guerra" articulado en redes que a veces ignoran y superan las fronteras nacionales" (Lair, 2002:42).

por Estados Unidos y Gran Bretaña, tomaron por completo el control de Afganistán, con la intención de capturar a Bin Laden y otros miembros de Al Qaeda y de eliminar al régimen Talibán.

Con estos acontecimientos, una nueva ola de refugiados se desplazó hacia Irán y Paquistán, sumándose al elevado número de refugiados que había dejado la invasión soviética dos décadas antes.

Finalizados los ataques, capturados algunos miembros de Al Qaeda, algunos Talibán –y sin haber capturado a Bin Laden–, Afganistán pasa a ser administrado militarmente por la coalición internacional, mientras se define el futuro del pequeño Estado.

Meses después de los ataques comenzó (bajo los auspicios de Estados Unidos, Gran Bretaña y Naciones Unidas, fundamentalmente), una ronda de conversaciones entre las facciones internas afganas a los fines de definir el futuro del país y establecer una nueva Constitución.

De estas reuniones se desprendieron los siguientes puntos: 1. El control militar de Afganistán en manos de la coalición internacional de manera temporal, 2. Elecciones entre los principales jefes de las facciones étnicas de una autoridad interina para Afganistán, y 3. Discusiones sobre la futura norma constitucional.

LOS ACTORES¹⁵ Y DIMENSIONES EN LA CRISIS AFGANA

Una vez hecha esta sucinta revisión de algunos aspectos de la crisis afgana en perspectiva histórica, estimamos conveniente enmarcar el caso afgano dentro de un modelo analítico, como lo es el de los *Niveles de análisis* de Barry Buzan (1997), a los fines de hacer más comprensible dicho conflicto, dando cuenta de los cambios operados en el sistema internacional, así como de las dinámicas intraestatales,

¹⁵ Cabe destacar que cuando hablamos de los “actores” en la crisis afgana, partimos de una visión distinta a las explicaciones clásicas del “paradigma realista” (Estado-céntrico) en las relaciones internacionales, conforme a la cual los estados son los únicos actores a considerar en el sistema internacional, pues detentan el ejercicio de la violencia legítima. Para ello, partimos de la tesis conforme a la cual, si bien los estados constituyen un actor relevante en la escena internacional contemporánea, también lo constituyen otros actores cuyas lógicas de acción no están determinadas exclusivamente por las lógicas del Estado-nación, entre las que destacan: corporaciones transnacionales, grupos sociales transnacionales y organizaciones religiosas transnacionalizadas, todo ello característica de un mundo policéntrico. Para una mayor caracterización de los paradigmas de las relaciones internacionales y la transición del Estado-centrismo al poli o multicentrismo, véanse Del Arenal, (1994); Rosenau y Durfe (1995).

regionales y transnacionales que rodean dicha dinámica.¹⁶ Para ello se parte de una conceptualización sobre la polaridad del sistema, conforme a la cual

... para describir la polaridad del sistema, se reduce el número de actores hasta sólo las potencias: estos actores que disponen del poder estructural que permite dictar las reglas de juego a nivel regional. Estas potencias suelen ser sólo estados, [lo] que no excluye otros tipos de actores del sistema. La polaridad tiene dos dimensiones: primero el número de potencias, normalmente clasificado como uno, dos o múltiples, y segundo los sistemas de valores de las potencias: ¿tienen los mismos valores o tienen ideologías antagonistas? En el primer caso, hablamos de un sistema homogéneo, en el segundo, de un sistema heterogéneo (Deen, 2002).

Ubicándonos en el caso afgano para el período estudiado, nos encontramos con un sistema unipolar homogéneo desde 1979 hasta 1989 (contexto de invasión soviética), y desde 1989 en adelante un sistema, multipolar heterogéneo.¹⁷ Una vez identificada la polaridad del sistema se procede a analizar los niveles y unidades de análisis dentro del sistema. En el caso de la crisis afgana identificamos cuatro niveles, a saber: 1. Intraestatal, 2. Interestatal o regional, 3. Transnacional y 4. Sistémico, y para cada uno de ellos los correspondientes actores.¹⁸

En el nivel intraestatal nos referimos a grupos que operan al interior de un Estado, que intentan influir en el comportamiento de éste y cambiar el sistema regional. En nuestro caso nos referimos a grupos etnolingüísticos (Pashtun, Baluches, Hazaras, Nuristanis, Tayikos, Tayikos del Pamir, Kirguizos, Turkménos, Uzbekos) y religiosos (Shíes, Sunníes, Deobandis) que operan al interior de Afganistán.

En el nivel regional ubicamos a las interacciones regionales entre los estados, que en nuestro caso están integrados por Rusia, EE UU, Arabia Saudita, Paquistán, Turquía e Irán.

En el nivel transnacional ubicamos todos los grupos que no operan dentro de las fronteras estatales, sino a través de ellas. La importancia de este nivel se ve

¹⁶ Partimos para ello de las premisas de un trabajo precedente desarrollado por Bob Deen, donde se analiza la inestabilidad del Cáucaso, región que por razones históricas tiene muchas semejanzas con el caso afgano. Véase Deen (2002).

¹⁷ Para una caracterización en torno a las formas de la polaridad del sistema, véase Barbé (1995:213-217).

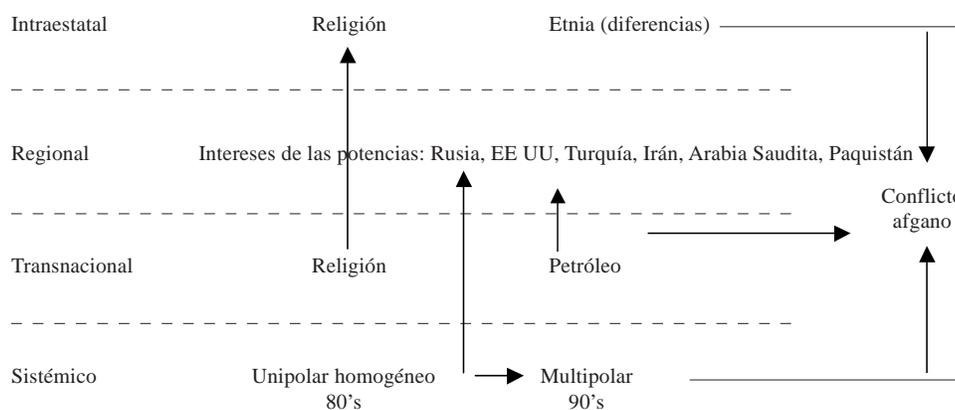
¹⁸ Pese a que el nivel individual es considerado relevante en la actual teorización de las relaciones internacionales, para efectos del presente papel de trabajo serán abordados sólo los cuatro niveles indicados anteriormente.

potenciada especialmente después del fin de la Guerra Fría. En nuestro caso, analizamos dos tipos de actores transnacionales distintos: los grupos religiosos fundamentalistas y las empresas multinacionales interesadas en el petróleo en la región.

Por último, en el nivel sistémico se explica el comportamiento de los actores y los patrones que los rigen. En nuestro período de estudio observamos la transición de un sistema unipolar homogéneo a uno multipolar heterogéneo.

Todos estos elementos en conjunto nos arrojan una visión multidimensional de la crisis afgana. En el siguiente gráfico detallamos los niveles de análisis y actores involucrados en la dinámica afgana.

Gráfico 1
Niveles del conflicto afgano



CONCLUSIONES

Como hemos observado a lo largo del presente artículo, Afganistán ha sido a lo largo de los siglos XIX y XX centro de importantes acontecimientos y desplazamientos de fuerzas que nos permiten afirmar su importancia estratégica.

La rivalidad ruso-británica a finales del siglo XIX comenzó a develar tal carácter estratégico. Llegado el siglo XX, Afganistán se convirtió en un país con una

profunda fragilidad política que se expresó en sucesivos golpes de Estado. La intervención de actores externos en la década de los ochenta, que pretendieron convertir a Afganistán en una suerte de nuevo satélite en un contexto de confrontación bipolar, complejizó aún más la situación del pequeño país.

La culminación de la confrontación bipolar significó para el conjunto de Asia central salir de los dominios de Moscú y encarar sus destinos como estados independientes. Para Afganistán, la transición de un sistema unipolar (dominado por los soviéticos) a uno multipolar heterogéneo, así como el (re)inicio de una serie de pugnas internas, se expresan en un conflicto multinivel en el que se combinan la lucha entre facciones étnico-religiosas, las rivalidades regionales, la operación de fuerzas religiosas a nivel transnacional –fundamentalmente sunnies–, en concomitancia con los intereses de corporaciones petroleras y estados con aspiraciones hegemónicas y de control del negocio petrolero en Asia central.

Pese a que Afganistán no es un país petrolero, se encuentra como posible punto de cruce para la extracción de crudos de Asia central, por lo que quien domine Afganistán tendrá mayores posibilidades de controlar el negocio petrolero en la región. En la medida en que se mantengan las condiciones de inestabilidad en las otras posibles rutas de extracción de crudo del mar Caspio,¹⁹ Afganistán se mantendrá como actor clave en la geopolítica petrolera.

Los ataques del 11 de septiembre y el manifiesto apoyo de los Talibán a Osama Bin Laden y a la organización Al Qaeda, condujeron a un ataque de una coalición multinacional encabezada por EE UU y Gran Bretaña, y con éste a la prolongación de un drama humanitario que encuentra en el fenómeno de los refugiados la expresión de la regionalización de un conflicto.

La situación afgana aún es muy crítica. Los últimos acuerdos suscritos distan mucho de resolver por completo la situación del frágil Estado, las divisiones internas entre facciones étnicas y religiosas no han sido superadas, las rivalidades regionales –como las de Irán y Paquistán, Irán y Arabia Saudí– persisten, los intereses de actores líderes mundiales y actores transnacionales, como las empresas petroleras y la operación de agrupaciones religiosas con radio de acción transnacional, se

¹⁹ Las posibles rutas de extracción de crudo para EE UU son: 1. Desde el mar Caspio, atravesando Armenia y Azerbayán, hasta Ceyhan en Turquía, pero persiste el problema con los Kurdos en Turquía y los problemas de Nagorno-Karabaj entre Armenia y Azerbayán; 2. Desde el mar Caspio, atravesando Irán hasta el mar Arábigo, pero los roces entre Washington y Teherán desde 1979 impiden tal proyecto, 3. Por último, desde el mar Caspio, atravesando Turkmenistán-Afganistán y Paquistán.

prolongan en el tiempo, por lo que las perspectivas de una estabilidad en la región y en el pequeño país distan mucho de ser reales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARBË, E. (1995). *Relaciones internacionales*. Madrid: Tecnos.
- BRZEZINSKI, Z. (1998). *El gran tablero mundial*. Argentina: Paidós.
- BURCHILL, S. y Linklater, A. (1996). *Theories of international relations*. Hampshire: Noesqué.
- BUZAN, B. *et al.* (1997). *Security: a new framework for analysis*. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
- CHETERIAN, V. (2001). “Grand jeu pétrolier en Transcaucasie”. *Maniere de Voir*, 60:83-87.
- DEEN, B. (2002). “La inestabilidad multidimensional en el Cáucaso. El caso de Nagorno Karabaj”. Consultado en línea en: <http://odur.let.rug.nl/~dejonge/courses/ckio/web/trabajos/bobdeen.htm>.
- DEL ARENAL, C. (1994). *Introducción a las relaciones internacionales*. Madrid: Tecnos.
- DOUGHERTY, J. (1990). *Teorías en pugna de las relaciones internacionales*. Argentina: Grupo Editorial Latinoamericano.
- HUNTINGTON, S. (1997). *El choque de las civilizaciones*. Barcelona: Paidós.
- JAGUARIBE, H. (2002). “Terrorismo e islam”. *Nueva Sociedad*, 177:123-131.
- JARRAZI, K. (1998). “Nuevas perspectivas en la política exterior de Irán”. *Iran Review*, 3:4-7, Embajada de la República Islámica de Irán.
- KAHHAD, F. (2002). “¿Quién teme al islam?”. *Nueva Sociedad*, 177:36-39.
- LAIR, E. (2002). “El islamismo armado en la Posguerra Fría”. *Nueva Sociedad*, 177:40-44.

KEPEL, G. (2001). *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*. España: Editorial Península.

MEJÍAS, C. (2003). “Los movimientos islamistas en la Posguerra Fría: una aproximación sociopolítica”. *Politeia*, n° 31, pp. 141-164. Caracas: Instituto de Estudios Políticos, UCV.

MUHARERI, M. (1984). *La Revolución Islámica, futuro sendero de los pueblos*. Argentina: Delegación Cultural del Ministerio de Irshad Islámico de la República Islámica de Irán.

PERNÍA, A. (2000). “Afganistán: breve balance histórico de un conflicto inconcluso”. Ponencia presentada en las *I Jornadas de Estudios sobre Conflictos Mundiales en la Actualidad*. Caracas: Escuela de Estudios Internacionales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV.

PORRAS, O. (2000). “Geopolítica del mar Caspio”. Ponencia presentada en las *I Jornadas de Estudios sobre Conflictos Mundiales en la Actualidad*. Caracas: Escuela de Estudios Internacionales, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV.

RASHID, A. (2001). *Los Talibán. El islam, el petróleo y el Gran Juego en Asia central*. Madrid: Ediciones Península.

ROSENAU, J. and M. DURFEE (1995). *Thinking theory thoroughly. Coherent approaches to an incoherent world*. San Francisco: Westview Press.

ROY, O. (1993). “La crise afghane au miroir des ambitions étrangères”. *Le Monde Diplomatique*, julio, p. 22.

SOTO, A. (2002) : “Reflexiones sobre Rusia y Asia central: senderos que se cruzan y bifurcan”. *Revista Cidob d'afers internacionals*, 59, octubre-noviembre 2002 (<http://www.cidob.org/Castellano/Publicaciones/Afers/59soto.html>)

TUNANDER, O. (1996). “¿Un nuevo Imperio otomano? La opción turca: centro euroasiático o fortaleza nacional”. *Diálogo y Seguridad*, 3:219-234.